

## **Título: Tomarse un respiro**

### **Seudónimo: SGC**

*A todos los que aman y retratan la Sierra de Guadarrama*

Cada mañana al levantarse, tomaba una taza de café recién hecho, un café de los de verdad, de los de grano recién molido y leche de vaca, de los que nada tienen que envidiar a las grandes cadenas de cafeterías americanas aposentadas en la capital. Su aroma era tan intenso que inundaba toda la casa, pero su sabor era aún mejor y hacía de aquel momento, el idóneo para empezar el día con buen pie. Cuando terminaba, cogía la mochila y cargaba su vieja, pero fiel cámara de fotos a la espalda.

Julián, nació hace 65 años en Cercedilla, para él, uno de los pueblos más bonitos de la Sierra de Guadarrama, pero no el único, ya que cada uno, era especial y diferente. Es el mayor de tres hermanos y su madre, desgraciadamente, murió en el parto. Así que tuvo que dedicar parte de su infancia y juventud a ayudar a su padre con la crianza de sus hermanos, a cuidar del ganado y a recoger frutas y hortalizas en un huerto por el que corría el cauce de un pequeño riachuelo que transportaba agua fresca y cristalina. Además, cortaba leña para calentarse en los días más fríos del invierno.

A medida que crecía, los huesos de Julián iban perdiendo la juventud y talla atlética que siempre le habían caracterizado, por lo que cuando rondaba los 60, decidió tomarse un respiro, un tiempo exclusivamente por y para él, para descansar de esa vida tan sacrificada, y, sobre todo, para disfrutar de aquel entorno tan valioso en el que vivía, y del que nunca había sacado ningún partido.

Su abuelo Tomás, del cual pudo disfrutar solo unos pocos años de su vida, le regaló su cámara, un libro de documentos gráficos de la sierra y una gran lección que aún no había olvidado: “La fotografía te servirá para enseñar la belleza que otros no ven”

Siguiendo la sabia frase de su abuelo y porque como se ha dicho siempre, “una imagen vale más que mil palabras” salía de casa. Era el primer día que este *parrao* iba a conocer realmente y de buena tinta, cómo eran las rutas, los senderos y calzadas, picos, ríos, cascadas, fuentes, fauna y flora, sus gentes, en definitiva, todos y cada uno de los entresijos que escondía la sierra madrileña.

La Sierra de Guadarrama siempre ha sido considerada por Julián como el pulmón y el corazón de la península, respirar el aire que ésta le daba le hacía sentir cada día más vivo, le daba la energía que los años le habían arrebatado, contemplar esa belleza le aportaba vitalidad, libertad, alegría, le hacía sentir el hombre más privilegiado del mundo, por eso quería ser generoso y mostrar a ese mundo, aquellos paisajes y parajes a través de la fotografía, para que todos pudieran disfrutar tanto como lo haría él.

Su punto de inicio para empezar esta gran afición como lo es disfrutar de la naturaleza y capturarla para poder enseñársela a los demás, sería desde el Puerto de Navacerrada, su ruta, el “Camino Schmid”, por ella pudo atravesar frondosos pinares y contemplar otras especies vegetales como helechos, piornos o retamas, bordear los “7 Picos”, una cadena montañosa singular y emblemática para cualquier persona que aprecie la Sierra de Guadarrama, que a Julián siempre le había parecido asombrosa, casi desde que tuvo uso de razón, y supo distinguir lo que era realmente bello de lo que no, pero que, sin embargo, era ahora todavía más maravilloso porque nunca la había tenido tan cerca de sus ojos como en aquel momento. Cruzar la “Calzada Borbónica” y “El Puente del Descalzo” era un recorrido que todo senderista que se precie ha hecho alguna vez. Divisar “El Valle de la Fuenfría” y fotografiar aquellas verdes praderas de hierba fresca bañadas por el rocío de la mañana. Desde allí, diferentes perspectivas y paisajes cubrían el objetivo de su cámara, “El Montón de Trigo” y “La Fuenfría”.

Otro lugar que no podía perderse era “Peñalara”, uno de los picos más altos del país, y el más alto de la Sierra de Guadarrama, ya solo por la importancia que esos datos le otorgaban era un digno participante de su ya amplio recorrido fotográfico. Aquel día, se levantó temprano, más de lo habitual, casi no le dio

tiempo a degustar el café que todas las mañanas era parada obligatoria en su desayuno, salió acelerado de casa y se dispuso a coger el funicular desde la estación de tren de Cercedilla, que le subiría al “Puerto de Cotos”. Desde allí, comenzó su camino, llegó al “Mirador de la Gitanilla” y al “Mirador de Javier”, en todos los puntos de aquel lugar se veía el “Pico de Peñalara”, admiró su cumbre, llegó a la laguna y paseó por su pradera.

Las fotografías que había tomado Julián eran fabulosas, de lo más cuidadas, con todos los ángulos y puntos de vista posibles para que a nadie se le escapara ni un solo detalle, ni un solo rincón, ni un solo momento, solo con un golpe de vista te trasladaban al lugar donde se sacaron y te hacían vivir mil y una sensaciones, parecidas a las que sientes cuando estás allí, pero infinitamente distintas de cuando el aire puro de la sierra, te acaricia la cara y recorre tus pulmones en vivo y en directo.

Gracias a la realización de estas rutas que todo aficionado a la montaña seguramente habrá realizado en más de una ocasión, o en más de dos, Julián consiguió esa primera toma de contacto con la naturaleza y la fotografía que tanto ansiaba. Por eso, prosiguió con la afición, y según pasaba el tiempo y las estaciones del año se dedicaba a vivir, retratar y capturar las situaciones más características de cada una de ellas.

En invierno, cuando las temperaturas bajaban de los 0º y que helaban el cuerpo por fuera y por dentro, subía a ver cómo los esquiadores bajaban veloces aquella pista tan blanca como la jara pringosa, la cual fotografiaba en primavera, además de peonías, dientes de león o narcisos de los prados.

En el verano, pasaba los días más calurosos encerrado en su casa forrada de piedra, musgo y enredadera con una limonada abarrotada de cubitos de hielo sobre la mesa para refrescarse, ya que el calor le debilitaba demasiado, tanto, que el sol le arrebatava toda la fuerza y energía que el campo le daba, pero cuando éste le daba una tregua, salía a la calle y seguía con su afición aprovechando las últimas horas de la tarde, las cuales le regalaban unos atardeceres dignos de ver.

Al llegar el otoño, Julián se confundía sus botas de agua, se ajustaba la capucha del impermeable e iba en busca de nísalos y boletus edulis que casi siempre encontraba rebuscando bajo las hojas secas que caían de los robledales.

Diciembre y enero, año nuevo, vida nueva, era el momento de compartir con su pueblo, con su gente, las fotografías en las que tanto cariño había puesto, de que vieran su punto de vista, de que conocieran tan bien como lo había hecho él todos los rincones que la sierra escondía, de que las disfrutaran y más tarde fueran ellos mismos los que sacaran la cara más bonita de la Sierra de Guadarrama con sus cámaras. El “Centro Cultural Luis Rosales” albergaría la exposición, qué mejor lugar, en memoria del poeta enamorado de Cercedilla para mostrar su trabajo:

*“Las noches de Cercedilla,  
las llevo en mi soledad,  
y son la última linde,  
que yo quisiera cruzar.  
Quisiera morir un día  
mirando este cielo, y dar  
mi cuerpo a esta tierra  
que me ha dado la libertad  
Quisiera morir un día  
y ser tierra que pisar,  
tierra en la tierra que sueño  
ya, para siempre jamás”*

Ruta Miradores de los Poetas-Mirador de Luis Rosales